

vos directores: mañana, fuera de ese recinto apacible, el mundo os ofrecerá en copa de oro el veneno de la culpa y del desengaño; y ¡ay si vuestra alma se ha separado de la religiosa educación que recibisteis; y ¡ay si vuestros ojos se han desviado del modelo de la Virgen Santísima en su presentación del templo! Y á vosotras, comunidad siempre muy apreciable para mí, Hijas de San Francisco de Sales, ¿qué os diré? ¿Habeis hecho hoy en la presencia del Altísimo y en la de vuestros Santos Patriarcas la renovación de vuestros solemnes votos? Pues sea para honra y gloria de Dios, para alabanza de Maria Santísima, y en vosotras, lejos de ser para recuperar algo que se haya perdido, sea para aumentar lo conservado. ¿Es difícil la vida religiosa? mirad á la Virgen en el templo. ¿Es de mucha responsabilidad la educación de las jóvenes á los ojos de Dios y á los ojos de los hombres? Mirad á la Virgen, acogeos á su amparo, proponed imitarla en cuanto os sea posible, y algun día, maestras y discípulas, directoras y educandas, sacerdotes y todos cuantos hoy celebramos el misterio de la Presentación de Maria Santísima en el templo, tendremos, mediante la misericordia de Dios, la dicha de subir á entonarla himnos de gratitud en compañía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en las mansiones de la gloria. Amen.



DISCURSO XXVI.

Desposorios.

*Mater ejus Maria, desponsata Joseph.
Maria, su Madre, desposada con José.
(San Mat., cap. 1, v. 18.)*

N acontecimiento sorprendente llama la atención de todos los habitantes de la ciudad escogida: el Concilio de los ancianos de Leví, presidido por el sumo sacerdote, después de haber prosternado sus cabezas venerables, como los veinticuatro que rodean el trono del Altísimo, sanciona entre los hombres una deliberación emanada del consistorio divino, en la patria de los ángeles; deliberación que hará temblar á la miserable humanidad, ante los soberanos designios de la Divinidad: más allá, y retirada en el lugar de la oración, registran mis ojos una figura absorta é inmóvil, á la manera de las estatuas que sobre los sepulcros de los héroes colocara la más remota antigüedad; figura que, aunque estática y silenciosa, se deja oír más que las trompetas del *Apocalipsis*; y aunque humilde é inclinada, descuella entre todas las criaturas por una gigantesca y sobrenatural elevación. Sacada del hogar paterno para depositarla dentro de las bóvedas del templo, apenas colorea su mejilla el albor de la niñez, es como el tierno capullo de un rosal de Alejandría destinado á perfumar el ara del santuario, ó como el flexible retoño de un árbol lleno de años, pero lleno también de flores y de frutos, trasplantado á una tierra de bendición para llegar á ser algun día la fortaleza de los débiles, el alimento de los desfallecidos y la sombra de todos los vivientes. Es una Niña sobre cuya candorosa frente ha extendido su diestra el Sér Supremo que la crió, preservándola de todo lo que

no sea gracia, pureza y santidad: es una huérfana que está en oracion; y ¿qué pide señores? nada pide. Está reiterando la promesa hecha á Dios casi desde los primeros instantes de su vida, y colocando bajo el seguro de la infalible Providencia su incorruptible virginidad. Pero la ley de Moisés anatematiza y reprueba como un oprobio la esterilidad en las hebreas: no importa. Pero el consejo de familia contraria y echa por tierra el voto de castidad pronunciado por la doncella: nada importa tampoco, si Dios acoge y patrocina la cariñosa ofrenda de la huérfana de Nazareth. Pero no es así, cristianos: los juicios del Eterno son incomprensibles, y los suspiros de aquel corazon angelical no penetran la bóveda celestial, y su oracion tan pura como el ámbar primero de un jazmin, no halla eco en los oidos paternales del Dios de los destinos que ha formado aquella criatura inocentísima para saludarla Virgen, para enriquecerla desposada... ¿Desposada y Virgen? Escuchad.

Jerusalen ha suspendido por un momento sus ocupaciones y sus faenas para preparar festejos, que son felices nuncios de la deseada ventura del pueblo de Israel. El guerrero ha colgado sus armas, el mercader ha cerrado sus tiendas y el artesano abandona sus talleres por acudir á un llamamiento universal que convoca á todos los jóvenes libres de la descendencia de David y de la tribu de Judá. Trátase de un enlace tan apetecido como ventajoso; y la joya que habia de sortearse y que pretendian unos se adjudicase á la hermosura, los otros al talento, y no pocos á las riquezas, estaria probablemente reservada para sólo galardón de la virtud. La empresa era delicada: la encantadora consorte encierra dentro de sí misma cuantos arcanos encerraba el libro de los siete sellos; era una arca vestida interior y exteriormente con el oro de la integridad y de la perfeccion, y el bienhadado mortal que la custodiase debia ser por necesidad un hombre predestinado. Y ¿quién será? Cuando la noche tiende su enlutada sombra sobre la superficie de la tierra, una turba de aspirantes tan llenos de deseos como de ilusiones, ha depositado reverente ante las plantas de Jehová una rama seca de almendro que decida la suerte de todos y de cada uno de ellos. Una vara seca produjo el sacerdocio de Aaron: otra vara, tambien seca, fijará el matrimonio de Maria.

¿Habéis visto, cristianos, una bandada de sedientos jilguerillos que se acercan, y se columpian, y toman como por asalto la fuente bullidora y cristalina, cuando refulgen por Oriente los primeros arreboles de la mañana? No de otra manera los jóvenes de Judá asedian las puertas del templo, ansiando ver revestida de flores

y follaje la rama que depositaron sin verdor en la noche precedente. Pero la sorpresa les impele á retroceder, y la novedad les obliga á detenerse, y la maravilla les hace enmudecer; y con un movimiento involuntario y uniforme fijan sus miradas envidiosas, y señalan los unos á los otros con el dedo, á un hombre respetable por sus años, á un justo sin pretensiones, á un varon conocido solamente por su probidad, sin más riqueza que la herramienta, sin otros alcázares que un taller, sin más timbre que el nombre de José, y sin otra garantia que el honradísimo oficio de carpintero en la ciudad de Nazareth. *Mater ejus Maria desponsata Joseph.* Maria Santísima, Madre de Dios, desposada con San José.

Quisiera, señores, ser dueño del tiempo necesario para poder explanar cuanto ocurre á mi limitada capacidad sobre la augusta festividad que hoy celebra la Iglesia; pero diciéndoos solamente que los celestiales desposorios de Maria y de José se verificaron en Jerusalem con todo el aparato de la esplendidez oriental, y entre los vítores y los aplausos de una multitud de deudos, de parientes y de amigos, omitiré describir á Maria, vestida con la púrpura tiria, imágen del fuego divino que la inflamaba: coronada de mirto, emblema de la humildad que la ensalzaba, y cubierta con el trasparente velo de Sidon, retrato fiel de aquella honestidad que la hizo invencible vencedora del demonio y sus secuaces, de la culpa y sus efectos. No os indicaré al bienaventurado Patriarca ataviado con la elegancia propia de su esclarecido linaje, y con la modestia tan adecuada á su posicion actual; ni me detendré á repetir en este lugar los himnos y los cánticos que en honor de los desposados entonaban las lenguas y acompañaban los instrumentos. Despues de siete dias de nupciales regocijos, salgamos de Jerusalem y sigamos á Maria y á José por el camino de Galilea, atravesando con ellos los montes de la Samaria, y penetrando en la risueña y pintoresca Nazareth, término del delicioso valle de Esdrelon, habitemos por un breve rato la que fué morada de la Santa esposa del Patriarca Joaquin, y observemos en este dichosísimo matrimonio dos esposos *los más afortunados, los más perfectos y los más agradecidos.*

Ved aquí cómo pienso presentárolos hoy, con los auxilios de la divina gracia. Bendigamos al Patriarca San José, porque viene bendito en el nombre del Señor, y saludemos á Maria Santísima con la sumision y la ternura del Arcángel San Gabriel:

Ave Maria.

No hay maravilla en los cielos que no cuente la gloria de Dios, ni criatura en la tierra que no publique ser obra de sus manos. Nada existe, señores, á la casualidad; nada que no tenga una acertada aplicacion á los sucesos más extraordinarios y á las épocas más memorables de nuestra vida: y el pequeño arbusto, lo mismo que el empinado tronco y el átomo de arena como la montaña inaccesible, el manso arroyo como el revuelto mar, y el gusano que serpentea por la tierra lo mismo que la reina de las aves remontándose hasta más allá de las nubes, todo salió de la nada al aliento del Señor, con una senda que emprender, con un destino que cumplir. Pero donde más resplandece su eterna sabiduría es en los destinos del hombre: si recorremos las historias más lejanas, veremos á los hombres de aquellas edades, figura la más exacta de los hombres de las modernas generaciones; y si registramos la Sagrada Escritura, que es la historia por excelencia, admiraremos la perfecta relacion de los hechos y de los hombres de la antigua ley con los hombres y con los hechos que tuvieron lugar desde que fuimos instituidos en el bautismo hijos de la gracia y herederos de la gloria.

Pero ciñámonos al asunto; y para presentaros á Maria y á José como esposos *los más afortunados*, retrocedamos á los días de la creacion, entremos en el paraíso y veamos allí á los dos primeros esposos destinados á ser los soberanos de todo bien, mientras no inficionen sus almas con el veneno mortífero del pecado. ¡Envidiable fortuna, cristianos! Pero se destruye á las sugestiones de una serpiente maligna, reduciéndose á lamentable calamidad por el espíritu de la soberbia. Maria y José se unirán, y no pecarán; Aquella porque está reservada de la culpa y destinada á confundir la altanería del enemigo comun; y éste porque, revestido de una humildad á toda prueba, ocupará al lado de Jesucristo el primer lugar entre todos los justos del uno y del otro Testamento. Adán y Eva ofrecen á la faz de sus dominios un Abel cuya floreciente vida sacrificará la envidia de su hermano: pero el Abel primero fué concebido entre la miseria y dado á luz con dolores, y Adán le hubo de alimentar con el sudor de su rostro; era como un hijo de maldición, justo castigo de las prevaricaciones de sus padres; pero Maria y José detendrán el curso de los siglos, atónitos con el halagüeño espectáculo de un segundo Abel, concebido por obra del espíritu de Dios, salido al mundo del seno de una Virgen que

no padece detrimento, glorificado de los ángeles, adorado de los Reyes, é hijo de bendición porque es recompensa proporcionada de la santidad de Maria y de José. Nuestros primeros padres, árbitros de un paraíso enriquecido con lo más excelente y exquisito de todo lo criado, serán lanzados de él y condenados á destierro, y sujetos á las peregrinaciones, á los trabajos y á la muerte; pero Maria y José sentarán su planta en el eden de la naciente Iglesia, donde cada lirio será un mártir, cada ciprés un confesor y cada azucena una virgen; y no serán despojados de esta fortuna sinó pasando por medio de un tránsito apacible á las regiones de la bienaventuranza.

Noé, cuando contempla estremecido que se encapota el cénit, que se rasgan las nubes, que se cruzan los relámpagos y estallan los truenos, que el rayo exterminador desgaja los pinos y divide los erizados montes, y que la divina Justicia envía un diluvio universal que hace desaparecer en un momento á las desventuradas naciones de la tierra, se cree sin comparacion el más afortunado, y bendice la mano bienhechora que le manda construir y custodiar y dirigir aquella arca misteriosa donde se salvarán las reliquias del linaje humano; pero José es más dichoso en sus desposorios que Noé, porque va á custodiar á Maria, arca verdadera donde anidará la paloma que enarbole en el Calvario la oliva ensangrentada, adorado y augusto símbolo de nuestra redencion.

Abraham y Sara, bendecidos en sí y en su posteridad, cifran su pingüe patrimonio en aquel Isaac tan hermoso como deseado, y tan sencillo como obediente, que sube al monte del sacrificio cargado con el hacesito de leña en cuyas llamas ha de verse consumido: y se creen sin comparacion los más felices cuando le ven, en recompensa de la fe de sus progenitores, hecho padre y Patriarca de un pueblo que rivaliza con todos los pueblos, y que forma las delicias del Señor. Pero Maria y José llevan de la mano al Isaac de la ley de gracia, que se apresura á cargar con el peso de nuestras iniquidades, á morir abrasado en el fuego de nuestro amor, y á instituir y acaudillar un pueblo que se extienda de polo á polo, que derrote á la impiedad, y que escriba en sus estandartes y grave en sus corazones el nombre de Jesucristo.

De Zacarías y de Isabel nace el hombre extraordinario que ha de ir delante del Mesías preparándole sus caminos: de Joaquin y de Santa Ana, desciende la mujer representada en las más sublimes alegorías, y que ha sido la expectacion del universo entero. Pero Zacarías é Isabel, Joaquin y Ana, ¿contaron entre las prerrogativas dichosas de su matrimonio las prerrogativas indecibles

del matrimonio de Maria y de José? No, señores. El que ha decretado que Maria Santísima conciba siendo virgen y dé á luz quedando virgen, ha señalado á José para incansable centinela de la inviolabilidad de esta Señora: el que ha dispuesto que Maria Santísima alimente con la sangre de sus venas al Redentor de los hombres, ordena que el castísimo Patriarca forme su corazón con la más sana doctrina, con el constante buen ejemplo y con una conducta irreprochable, como el ingenioso artífice que ablanda y dá variadas formas á la cera al templado calor de la lumbre que la derrite; el que permitirá que el infierno suscite persecuciones y haga bambolearse la cuna del recién nacido, indica á José los rumbos desconocidos por donde ha de sacar á puerto seguro al Rey de la eternidad y á la Emperatriz de los espíritus celestiales. José, finalmente, morirá como afortunado padre en los brazos del más amante de los hijos, y dulcemente acompañado de la más entrañable de todas las esposas; y Maria, cumplido ya su destino con Dios y con los hombres, subirá en los brazos del que la predestinó á renovar sus desposorios en la patria de las recompensas. ¡Ni cómo de otra manera! Afortunados Maria y José en su matrimonio, habian sido tambien en su matrimonio *los más perfectos*.

Siendo cierto que la perpétua fidelidad y la esmerada educación de los hijos y lo indisoluble de los vínculos constituyen la perfección de un matrimonio, es innegable tambien que Maria y José tocaron en sus desposorios el último punto de la perfección conyugal. No demos cabida en nuestras almas en estos momentos de cristianas reflexiones á los argumentos de los impíos que han intentado anular la existencia del matrimonio entre los afortunados padres de Jesucristo: cuando ellos pretenden destruir lo más grande de nuestra Religión, sólo consiguen hacer más prodigiosos y ostensibles los triunfos de la fe. Hubo, señores, en Maria y en José verdadero matrimonio; y con tal perfección resplandecieron en él los dos benditos consortes, que nunca padeció la más ligera alteración la virtud de su fidelidad; fidelidad de que hicieron alarde, amándose con pureza, sirviéndose con eficacia y venerándose con docilidad y sumisión. Fidelidad en los pensamientos; y de la mente del uno no surgió nunca una idea que pudiera rebajar en lo más mínimo la altísima dignidad con que estaban investidos. Su solo deseo era la perfección, y su único pensamiento el bien: y cuando Maria contempla al Patriarca como

un sacerdote en cuyos brazos ha de reclinar su poderío la Divinidad humanada, este clasifica á su inmaculada compañera como el tabernáculo donde se reserva el inspirado maná, nutrimento vivificante de nuestras almas, verdadero *Sancta Sanctorum*, oculto de día bajo los velos de la más profunda abnegación y brillante en las altas horas de la noche con los fulgores de una santidad que nunca se disminuye. Fidelidad en las palabras: ni una pronunciaron jamás que mancillara el cariño que se profesaban ni el profundo respeto que se tenían. El móvil de sus conversaciones era la oración; la vida de sus discursos, el conocimiento de la eternidad, y el alma de sus razonamientos era Dios. Y cuando la imaginación me pinta, señores, la modesta actitud de aquellos seres bienaventurados departiendo en dulces coloquios cuyos purísimos acentos resuenan aun en nuestros oídos, veo laureadas sus cabezas con una luz más resplandeciente que la del sol, y como defendidas por las alas de una paloma que excede en blancura á la blancura de la misma nieve; es el Espíritu Santo que los ilumina y que infunde en los labios ya del uno ó ya del otro, el expresivo lenguaje de la verdad. Fidelidad en las obras: por eso la Virgen seguía y reverenciaba y exponía sus dudas á José, como cátedra de la experiencia; y éste la sustentaba, y la atendía y la imitaba, mirándola como el santuario de la virtud. No damos un paso en esta sagrada crónica sin que tropecemos á cada momento con un rasgo de mútua generosidad que pasma, de recíproca obediencia que embelesa, y de celestial discreción que maravilla. Maria Santísima y San José, perfectísimos en lo concerniente á Dios, en lo perteneciente á sí mismos, y en lo relativo al parvulito á quien habian de educar.

Aquí debiera yo enmudecer, cristianos: pero ¿quién no interrumpe el silencio al analizar una por una las religiosas ocupaciones de la Madre con el Hijo y las sencillas faenas del Hijo en la compañía de su padre? Rompe sus límites el entusiasmo cuando veo á la bendita entre todas las mujeres enseñando á conocer á Dios al que es la Sabiduría sin principio ni fin, y á inclinar aquella delicada frente ante las maravillas de la creación, al Criador de la misma que le enseñaba. Jesus, aquel Niño inocente que sigue á San José, y penetra en el taller, y gradúa un compás, y fija en un plano cualquiera los vértices de un triángulo ó hace girar una circunferencia alrededor de su centro, ó tal vez diseña el patíbulo en que ha de ser crucificado, es el Uno y Trino tan verdadero como incomprensible, y tan infinito como poderoso, cuya voz encadena los mares y desencadena los vientos, y cuya mi-

sericordia se derrama en abundancia, glorificando á los Santos, robusteciendo á los justos y convidando con el amor y la indulgencia á los pecadores arrepentidos: es Dios, pero sujeto á un hombre; y este hombre cumple perfectamente con su deber, enseñando á su amadísimo aprendiz el oficio de carpintero. ¡Oh grandeza, católicos, de la sabiduría del Señor!

¿Y se romperian alguna vez los vínculos de este venturoso matrimonio? Nunca, señores. La voluntad de Maria era la voluntad de José, la voluntad de José era la voluntad de su esposa, y esta union de voluntades formaba un todo indivisible que era la voluntad del Omnipotente. Ni las persecuciones debilitaron su constancia, ni las escaseces amortiguaron el cariño, ni la discordia y la rencilla penetraron jamás en el interior de aquel albergue, custodiado por el ángel invisible de la paz. ¿Inquietan y perturbaban los celos el espíritu del esposo de Maria? Pero es humilde, consulta al oráculo inmortal, y la oracion del justo es escuchada, y el enviado de Dios le tranquiliza y le consuela. ¿Zozobra la Reina de las vírgenes y como que se extremece al oír que concebirá y parirá, porque no conoce varon? Pero es tambien humilde, y el Arcángel mensajero, arrodillándose ante la que ya reconoce como su soberana, la saluda llena de gracia, la explica los misterios de su exaltacion, y se despide de Ella, volviendo á tender su majestuoso vuelo despues de poner en sus manos la inmarchitable azucena de una incorruptible virginidad. El génio maléfico de infidelidad, del abandono y de division que desgraciadamente preside en su mayor parte los matrimonios de nuestros tiempos, no quebrantarán nunca los lazos que unen á Maria y á José, porque está encomendada la seguridad de aquellos corazones á la tutela de los abrasados serafines. Las potestades del cielo, señores, sirven de perpétua custodia á los custodios del mismo Dios, á quien unidos con una fidelidad sin semejanza y empeñados en una educacion digna de Jesucristo, Dios y hombre, el orbe los admira y los ensalza la Iglesia como un prodigio estupendo de perfeccion conyugal. Y siendo *los más afortunados y perfectos*, ¿serian tambien *los más agradecidos*? Véamoslo.

El Omnipotente ha derramado á manos llenas sobre los *felices y perfectos* desposados todos los beneficios imaginables: ha dado para defensa de la santidad y de los privilegios de Maria, la fortaleza de ánimo y el escudo impenetrable de las virtudes de San José; y Maria Santísima renueva todos los dias, y á todas horas,

y á cada instante la plegaria de su reconocimiento y el sacrificio de su gratitud. Ruth besa las plantas de Booz, agradeciendo su generosa hospitalidad. Judit, que desbarata los planes de los asirios, decapita á Holofernes y conquista con la pujanza de su brazo la perdida independencia de Bethulia, descifre de sus sienes la diadema del triunfo, y atribuye reconocida su gloria al «Dios de bondad que nunca abandona á los que en Él depositan sus esperanzas.» Esther, sacada de la oscuridad, sentada sobre el trono de los persas y hecha instrumento de la libertad de sus hermanos, no halla otro trono en que colocar Asuero que el trono de su corazon, ni otro incienso que ofrecerle que el incienso de su gratitud. Y ¿nos admiramos señores? La gratitud de estas heroínas habia de ser indudablemente proporcionada á los beneficios que se las habian dispensado; pero Rut, y Judith, y Esther son como imperceptibles luminarias que se eclipsan ante la gratitud de Maria; ante la gratitud de aquella Esclava del Señor, de aquella Mujer fuerte, de aquella Reina del Empireo, que exclama al entrar en casa de su prima Santa Isabel: «Engrandece al Señor el alma mia, porque, siendo poderoso, ha hecho conmigo cosas grandes, y porque, viéndome humilde, ha decretado me digan Bienaventurada todas las generaciones.» *Magnificat anima mea Dominum.*

El cielo elige á José para esposo de Maria: y en el ejercicio de su arte, y al despuntar el dia, al declinar la tarde, y en la quietud doméstica lo mismo que en las penalidades de una jornada ó en las vicisitudes de una emigracion, tiene siempre presente que Dios le ha hecho *afortunado y perfecto*, y le ha convertido en sόlio de su Majestad en esta vida y en el más favorito de sus cortesanos en la otra, y le bendice, y le adora, y lo agradece. Divide sus aguas el mar Rojo, y facilita practicable senda á los ejércitos del Señor, y vergonzosa sepultura al vengador egipcio. Moisés vence; pero Moisés, doblando la rodilla, las manos sobre el corazon y los ojos en el cielo, publica que «Dios ha sido su fortaleza, su alabanza y su salud; publicale Dios de sus padres, y le ensalza, publicale su Dios y le glorifica.» Profetiza Isaías, y, como regocijándose en la libertad de Judá exclama arrebatado por la gratitud y entusiasmado por la inspiracion: «Ensalcemos al Señor, porque ha obrado en nosotros todos los prodigios de su magnificencia.» *Cantate Domino, quoniam magnificè fecit.* El anciano Simeon tomando en sus trémulos brazos al Deseado de los collados eternos, deja ver en su rubicunda y encanecida frente los irresistibles síntomas de la más acendrada gratitud; de ese

afecto, señores, que se siente, pero que no se puede explicar; y vierte lágrimas de ternura, y llama á la muerte, y dá gracias porque alcanzaron sus ojos á ver lo que tanto apetecía. *Nunc dimittis servum tuum, Domine.* Pues bien; Moisés, Isaías y Simeon son pálidos reflejos del Santísimo José que, reconociéndose el más dichoso de los hijos nacidos de mujer, y por el doble carácter de esposo de la Escogida del Señor y padre putativo de nuestro Dios, hecho el compañero del que camina, y el faro del que navega, el amparo del atribulado y el defensor del inocente, el médico del enfermo y el protector especial de sus devotos en el lúgubre trance de la agonía, prorrumpe con la oportunidad de Salomon: «Soy esposo de Maria, y con Ella poseo todo bien.» *Venerunt mihi omnia bona, pariter cum illa.* «Bendice, alma mia, al Señor.» *Benedic anima mea Domino,* ¡Oh felicidad inaudita! ¡Oh ejemplarísima perfeccion! ¡Oh gratitud incomparable!

Maria Santísima y el Patriarca San José, los *más afortunados*, por padres y maestros de Jesucristo; los *más perfectos*, por la práctica de todas las virtudes, y singularmente de las inherentes al estado del matrimonio; y los *más agradecidos*, porque seria contradictorio á la equidad intachable del Excelso enriquecer con dones superiores á todo don á las almas de Maria y de José, nunca sospechosas de rebeldía, y nunca contaminadas de ingratitude. Tengo manifestado, y he concluido mi discurso.

Pueblo católico: la rapidéz con que el Evangelista San Mateo reseña los desposorios de Maria y de José, es una prueba nada equívoca de la grandeza del asunto y de la dificultad para desenvolverle. Si cumpliendo con el deber de orador cristiano no he podido llenar vuestros deseos describiendo siquiera, con aproximada exactitud, *la felicidad, la perfeccion y la gratitud* de los esposos, efecto es de mi insuficiencia, pero nunca culpéis á mi intencion. Ceda todo lo dicho en honra y gloria del Señor, en provecho y utilidad de nuestras almas y en perpétua alabanza y honor de Maria Santísima y del Patriarca San José. Sirvannos de estímulo sus virtudes para aspirar á la verdadera *perfeccion*, de tal manera que, *agradecidos* á la divina misericordia que nos favorece con tan admirables modelos, tengamos la fortuna de desposarnos algun dia con Jesucristo, en compañía de todos sus escogidos, en las mansiones de la gloria. Asi sea.

DISCURSO XXVII.

Sermon de Maria Santísima en el misterio de la Encarnacion.

Ingresus angelus ad eam, dixit, Ave, gratia plena; Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus.

(San Lúe., 1, 28.)

Y entrando el Angel, la dijo: Salve llena de gracia; el Señor es contigo; bendita entre todas las mujeres.

LA salutación angélica, esa oracion tan consoladora como pequeña; tan fecunda en misterios como lacónica en palabras, tan á propósito para conmover todas las fibras del corazon como es fácil para pronunciarse con los labios; esa plegaria á cuya composicion han concurrido en acorde combinacion tres elementos, el divino, el angélico y el humano: el divino, inspirando el espíritu de Dios las palabras *Ave, gratia plena*; el angélico, siendo un Arcángel el instrumento de que la Divinidad se sirve para anunciar á Maria las maravillas que han de realizarse en Ella; y el humano, siendo una humana criatura el sér á quien se dirigen, y completándola poco despues Santa Isabel, figura de la naturaleza, y repitiéndola con ella todas las generaciones pasadas, presentes y venideras, no es solo una oracion, no; es un depósito de infinitos arcanos; una cátedra donde el que la pronuncia aprende mucho de lo que necesita para creer en el Omnipotente, para esperar en su misericordia, para amar á Dios, para amar al hombre, para amar, bendecir y glorificar á la criatura que, siendo humana, ha sido exaltada sobre los coros de los ángeles, solo inferior